



aspectos fundamentales

Marginales en Oruro:

Dos devotos del Socavón y un bienhechor

Durante el período de auge de la Minería y la explotación de la plata en Oruro, el pueblo analfabeto o semi letrado, conservó la memoria cultural por medio de la oralidad. Esa transmisión oral -producto del tiempo y la imaginación popular-, ha confundido como un solo personaje a tres marginales de diferentes épocas, y hoy, aún se habla de un "mendigo ladrón y enamorado que robaba a los ricos para dar a los pobres", cuando en realidad son un mendigo conocido como el "Chiru - Chiru"; un ladrón comida y ropa, pero su preferencia eran las velas para aquellos pobres, el "Corre Volando".

El Chiru - Chiru

En la versión que nos narró doña María Chipana, se cuenta que a mediados del siglo XVII, cuando la Villa de Oruro se asentaba como urbanización, ya existían barrios abandonados como el de San Miguel, barrio que a su vez tenía su pordiosero oficial, el "Chiru Chiru", denominación que le dieran por su sucia y enmarañada cabellera que tomaba la forma de una bolsa. Cabellera que era semejante al nido de un ave andina que en su trino parece decir "chillru... chillru". Como medio de protección de sus huevos, esta ave construye su nido con espinos y en forma de bolsa. Para el pueblo, el personaje era la encarnación del ave que llevaba su nido en la cabeza.

El Chiru Chiru, como todo mendigo, pedía comida y ropa, pero su preferencia eran las velas que, para aquella época, se constituían en fuente de energía importante para la iluminación. Además de recibir las velas, con las limosnas monetarias que obtenía, también las compraba. Esa actitud tan particular, provocaba cierta curiosidad en la ciudadanía.

Un día cualquiera en su recorrido, el Chiru Chiru llegó a la puerta de la casa de don Pedro, español dueño de minas. Ese día, el español ofrecía un importante banquete a sus amistades, por lo que no se atendió el pedido de limosna del pordiosero. El mendigo protestó con tal escándalo, que obligó a don Pedro dar la orden a sus criados para que lo apalearan. Los criados cumplieron la orden de tal manera que dejaron al pobre mendigo tendido en el suelo.

Los vecinos, en especial las mujeres, ayudaron a levantarse al Chiru Chiru. Este, completamente maltrecho encaminó sus pasos hacia el cerro Pie de Gallo, donde tenía su refugio, una vivienda semi derruida en un solar abandonado.

A los dos días del lamentable suceso y, extrañando que el pordiosero no salía a pedir su acostumbrada limosna, algunos vecinos de la zona conocida como el Socavón, ingresaron en el solar para encontrar al Chiru Chiru muerto, y en una de las paredes la imagen de Nuestra Señora de la Candelaria bellamente pintada. Los vecinos decidieron velar el cuerpo del desafortunado Chiru Chiru junto a la imagen de la Virgen.

Tras su muerte y con la aparición tan singular de la protectora de aquel limosnero que tanto la veneraba, se inició una devoción popular, casi clandestina, donde los fieles prendían velas y oraban a la Santa Imagen. La Iglesia Católica, no intervenía oficialmente en estos ritos del pueblo.

El Nina Nina

El presbítero Emeterio Villarreal, nos relata acontecimientos del Sábado de Carnaval de aquel año de 1789. Ese día en horas de la tarde Anselmo Belarmino, esbozado con su poncho y el sombrero muy calado, se dirigió con rumbo al cerro Pie de Gallo. Al llegar a una loma de mediana elevación, hizo lumbrer con su resquero para prender una solitaria vela. Oró fervorosamente ante la imagen de la Virgen del Socavón que estaba ubicada en la pared de aquel abandonado y casi destruido solar.

En esos tiempos asolaba las comarcas de la Villa de Oruro, un feroz bandido, el "Nina Nina" (Alacrán en lengua aymara), que perpetraba robos con audacia y sangre fría. En las noches, el terror crecía y el solo nombre de "Nina Nina", ertzaba los cabellos del más valiente de los pobladores.

Anselmo, después de orar, se presentó disfrazado en la tienda de viveres de la familia Choquilamo del barrio de Conchupata. En ese momento atendía la tienda, la joven Lorenza Choquilamo, enamorada de Belarmino. Esas relaciones habían sido desahuciadas por Sebastián Choquilamo, padre de Lorenza, por los preocupantes informes que le habían llegado respecto del enamorado. Anselmo propuso a Lorenza fugarse en ese momento, aprovechando la ausencia del padre.

Serían las siete y media de la noche de ese sábado de carnaval, cuando de la pareja que huía por la calle escapó una exclamación femenina: "¡Mi padre!" Sebastián, al darse cuenta que su hija se fugaba con Anselmo, sin pensarlo dos veces, atacó al joven. En la lucha se escuchó un grito de dolor. Cayó el enamorado moribundo. Padre e hija se alejaron apresuradamente del lugar.

Poco después, una hermosa joven golpeó la puerta del hospital, llevando a un varón que desfallecía. Después de acomodarlo en una cama, encargó al personal que llamaron a un sacerdote y desapareció.

Con la daga en el cuello, Anselmo Belarmino se confesó ante don Carlos Borromeo Mantilla, párroco de Oruro. Dijo ser devoto de la Virgen de la Candelaria del solar abandonado allí en el cerro Pie de Gallo. Que él era el "Nina Nina". Murió asegurando haber sido auxiliado por la misma Virgen a quien veneraba.

Ése fue el principal milagro de Nuestra Señora del Socavón.

El Corre Volando

Se cuenta que una noche de la colonial Villa de Oruro, la flor y nata de la juventud local tenía una fiesta. Entre los invitados no podía faltar Luis Reyes, hijo de una destacada familia, pero no muy rica. Nadie sabe la razón por qué Reyes dejó la fiesta a pesar de los ruegos y amenazas de sus amigos.

Para llegar a su casa, Reyes debía pasar por la Plaza del Regocijo (hoy 10 de Febrero). A media cuadra, las autoridades estaban deteniendo a unos ladrones. Por curioso se aproximó al grupo, y escuchó decir: "Él también está con nosotros".

Los alguaciles, sin más trámites, se llevaron a Reyes junto con los ladrones ante el Corregidor. La explicación de que él salía en el momento de la detención de una fiesta, no le valió de mucho. Sus amigos por bromistas, dijeron que no le habían visto en la fiesta.

Luis Reyes fue preso a la fortaleza donde pasó una noche y una mañana junto a los presos acusados por deuda, ladrones de ocasión obligados por el hambre de sus hijos. Casi todos los

pobres que estaban presos no tenían los medios para salir de la prisión.

Por la mañana, los ladrones confesaron que el cómplice era otro, al mismo tiempo, los amigos de Reyes llevaron el testimonio de familias honorables de la Villa que juraban que Reyes estaba en la fiesta y no podía estar comprometido con el robo.

Esa experiencia hizo reflexionar a Luis Reyes sobre la injusticia que se cometía: había comprobado que los más ricos eran los que menos perdonaban a sus deudores de poca monta. Los pobres se habían vuelto ladrones por injusticias que se cometían en sus puestos de trabajo, porque no tenían lo suficiente para vivir. Así llegó a la conclusión que alguien debería poner algún remedio. No habiendo quién, decidió ser ladrón para favorecer a los pobres.

Reyes adquirió gran habilidad en su nueva profesión, que nadie podría creer: Abría los cerrojos con gran habilidad, se movía en la oscuridad con absoluta seguridad, y así perpetraba los robos más espectaculares. Cuando los dueños de casa se daban cuenta del robo, él escapaba a toda carrera, daba la vuelta la esquina y nadie podía verlo más. Por la velocidad se sus carreras y la habilidad para desaparecer, en el pueblo lo conocían como "El Corre Volando".

Nadie de la villa decía saber su verdadera identidad, pero era bien conocida entre los pobres, quienes cuando se percataban de alboroto en la villa, dejaban semi abiertas las puertas de sus casas, para que su benefactor se escondiera en alguna de ellas.

Su habilidad en el robo era tal, que una vez robó un traje de novia que se había importado de París, Francia. Mas, al enterarse que la novia había jurado no casarse sin ese traje, devolvió la prenda de la misma manera que lo sustrajo.

En esas andanzas del Corre Volando, nadie sospechaba que lo tenían en los círculos más destacados de la Villa de Oruro. Al sentirse viejo y no tener ahorros para más adelante, quiso por única vez robar algo para sí. La casa seleccionada era la del Corregidor, por entonces una persona avara y prepotente. Cuando abrió el cerrojo de la casa, los guardias escondidos convenientemente, abrieron fuego contra el intruso. Los vecinos se acercaron para ver de quién se trataba y al darse con el cadáver de Luis Reyes, nadie creyó que fuera el "Corre Volando". Todos suponían que había sido un lamentable error. Pero, desde entonces, no hubo más robos ni carreras en las noches.

Estas leyendas, durante el período colonial, además de mantener la memoria social, tenían entre otras cosas, un objetivo didáctico: el de profundizar valores positivos, como por ejemplo la solidaridad, la fe y la identificación con el otro. El Chiru Chiru enseña a que se debe dar una limosna al menesteroso, puede ser un elegido de Dios. Con el Nina Nina, se aprende a precautelar la seguridad, a no ser parrandero ni trasnochador, ya que el peligro acecha. Con el Corre Volando, aprendemos a no ser incautos, aprendemos que la riqueza y la avaricia no son eternas, que se puede perder; que una de las maneras para ser justos y caritativos, es ponerse en el lugar de los que no tienen suficiente y que, independientemente del tiempo y la historia que nos habla de injusticia social, son los más, los marginales, pero que, gracias a su fe, tienen una luminaria celestial que los protege y alienta: la Santísima Virgen Manita del Socavón.

Estanislao Aquino Aramayo. Investigador y escritor orureño

